

# La golondrina y el sapo

Un día la Golondrina y el Sapo se hicieron amigos. Juntos fueron a buscar esposa para el sapo. Este era un asunto importante. Cuando la encontraron fueron muy bien recibidos por el futuro suegro que en un momento afirmó:

— Encontrasteis a la mujer que buscabais. Pero quiero que mañana mismo me traigáis un bebé.

La Golondrina dijo:

— De acuerdo suegro, vendremos a traer el bebé.

— Cierto. Si sois hombres tendréis a vuestra mujer. Pero primero cumplid lo que os pido.

Volvieron, y llegando a la aldea, la Golondrina se fue a pasear. En uno de sus paseos, encontró una ventana abierta, y dentro de la casa había un bebé en cama. Se lo llevó, y al día siguiente, cuando llegaron a la aldea del suegro, se lo entregaron según lo convenido.

El suegro contento exclamó:

— Cierto, muy cierto, sois auténticos hombres. Tendréis a vuestra mujer.

De vuelta a su aldea, la Golondrina llegó a su casa y se encontró a su padre muy grave, casi muerto. Poco después murió. Su padre era un hombre muy rico, con muchos bienes. La Golondrina comunicó lo sucedido a su amigo y le dijo:

— ¡Amigo! Aquel día te ayudé. Ahora ha llegado el momento de que tú me ayudes, porque en mi familia son muy avariciosos. Si no ponemos remedio la riqueza de mi padre me será usurpada, arrebatada.

El Sapo respondió:

— Tranquilo. Yo me ocupo de eso. Enséñame dónde se va a cavar la tumba.

La Golondrina respondió:

— La tumba se hará junto a las galerías del oso hormiguero.

El Sapo se escondió al lado de la cueva, en una de las entradas de las galerías del oso hormiguero. Un poco más tarde trajeron el féretro acompañado de llantos y lo colocaron en la cueva. La gente se iba despidiendo mientras iban colocando porciones de tierra en el agujero, como es costumbre.

En este momento todos los presentes oyeron una voz:

— ¡Alto ahí! ¡Para! No me entierren todavía que me tengo que despedir.

Asustados, los asistentes exclamaron:

— ¡El muerto que pusimos en la cueva resucitó!

De nuevo se escuchó la voz:

— Todos los que están aquí quiero que sepan que las riquezas que dejo pertenecen a mis hijos. La costumbre de usurpar los bienes de los muertos no debe reproducirse esta vez. Se acabó.

Los asistentes exclamaron:

— Hay que bajar a la cueva para ver si resucitó.

Pero constataron que de verdad estaba muerto. Acabó el entierro. La Golondrina, desde el árbol en el que se encontraba, agradeció la ayuda de su amigo el Sapo. Los bienes fueron para Golondrina y sus hermanos.

Aunque hay muchas familias que tienen esa costumbre, debemos saber que los bienes de un difunto pertenecen, en un principio, a los herederos. Si en nuestro entorno hay personas con este comporta-

miento, debemos reflexionar sobre la muerte, la herencia, y la orfandad. Y también buscar soluciones para los problemas de los niños que pierden a un progenitor, que es normalmente quien sustenta a la familia.

**Moraleja:** Una mano lava a la otra, y las dos dan palmas. La solución de un problema no debe generar otro problema.